

El mundo material, la realidad inmediata, aguzan la sensibilidad de Ana de Noailles y la mantienen en constante exaltación. Entonces, sin proponérselo, alaba al Creador a través de la tierra. Sus versos, sacudidos de voluptuosidad, no tienen nada de impuros: vibra en ellos un amor ferviente, un goce intenso y monótono por las cosas terrenales. Mientras se limita a cantar, con lirismo renovado e insistente, las ciudades y los paisajes, los perfumes, los sonidos, el viento, la nube, el aire, la luz, obedece a su mandamiento natural, cumple el destino ilustre para el cual había nacido. Al salir de sus fronteras, descubre su congénita deficiencia. El reino del pensamiento no es, precisamente, «su reino». Permanece cerrado para ella y, en el mejor de los casos, sólo consigue desconcertarla. «La conciencia –dice la protagonista de *Le visage émerveillé*– es el pesar que experimentamos después de un acto que acabamos de realizar... *et qu'on referait encore...*». Se trata de una conciencia sumaria, pequeñísima, que hace sonreír. Más que conciencia, de un inconsciente remordimiento. ¿Cómo pedir que la conduzca por el camino de la «exacta y clara verdad»? Su búsqueda, indefectiblemente, se habrá de traducir en corrupción espiritual, en melancolía. Y en los años postreros, con íntimo desaliento, elige para colocar al frente de *Exactitudes*, uno de sus últimos libros en prosa, la escueta y despiadada respuesta de Renan: «Quizá en el fondo la verdad sea triste».

*Dieux gardiens des troupeaux qui tenez des houlettes
Rendez-nous l'innocence ancestrale des bêtes*

dice en su oda «A los animales» a «los dulces y sobrios animales» de su primer volumen.

*Et dans les jours cruels où la raison divague
Le calme des poissons arrêtés sur les vagues.
Faites que nous gardions le sens mystérieux
de l'infini qui dort dans le fond de leurs yeux...*

Nació para sentir las cosas y cantarlas apasionadamente, no para averiguar su inmutable razón. Si dirige la mirada más allá de lo visible, hacia la vida ultraterrena, se declara vencida de antemano. Y entonces blasfema sin querer, como un tigre herido

*... qui s'allonge et qui saigne
Dans vos forêts, Mon Dieu, peu sur d'être sauvé...
J'ai vu trop de repos chez eux qui vous atteignent:
La Sainteté n'est pas de vous avoir trouvé!...*

Gustamos de evocarla en los días juveniles, cuando sus versos no se hallaban desprovistos de coraje y esperanza. La mujer que Barrès veneró entre todas, a quien Marcel Proust escribió sus cartas estremecidas de exultante admiración. La aristocrática dama francesa del retrato de Laszlo o, en el deslumbrante esplendor de los treinta años, entre un nervioso desorden de cabellos negros, tules, sedas y tapices orientales, como en el cuadro de Zuloaga, o con los rasgos tensos y serenos del busto de Rodin que, bajo el nombre de Palas Atenea, decora el Metropolitan de Nueva York.

(*La Nación*, mayo de 1933)

Leo Ferrero

«Cuando el narrador árabe —dice un personaje— pronuncia la frase mágica: ‘soy hijo de rey’, establece desde el primer instante, sin tener necesidad de detallar su pensamiento, que está dotado de calidades particulares, preciosas, en virtud de las cuales se eleva naturalmente por encima de lo vulgar. Eso significa: siento por mí mismo, y no amo ni odio según las indicaciones del periódico. La independencia de mi espíritu, la absoluta libertad de mis opiniones, son los privilegios inalienables de mi noble origen». «Lo comprendo, responde otro personaje. Un rey, la mayor parte del tiempo constituye un recuerdo, un ideal: rara vez puede reconocerse la realidad del hecho en una persona humana revestida de ese título, al menos en el sentido que asumía para los antiguos esa palabra sagrada. Pero un ‘hijo de rey’, en cambio, es el que ha encontrado las calidades que usted menciona colgadas a su cuello desde el día en que nació. Incontestablemente, por un linaje cualquiera, ha recibido de la sangre infusa en sus venas las virtudes superiores, los méritos sagrados que el mundo ambiente no puede comunicarle».

La preocupación dominante de Gobineau fue el porvenir de las *élites*, cuyo fracaso consideraba irremisible. En verdad, si la tierra conserva todavía un vestigio de interés intelectual es el que le prestan, de reflejo, sus hombres superiores. Y una pauta de superioridad en el hombre consiste en el descontento que lo lleva a luchar con el mundo a los efectos de ordenarlo o, mejor dicho, de tornar perceptible el orden que oculta su apariencia caótica. En eso consiste la misión de las *élites*. De toda concepción filosófica del mundo se desprende una solución política que permite exteriorizarla en un sentido material y, desde el punto de vista inmediato, la política tiene por objeto dar orden a la vida de relación y tratar de que se aprovechen, mediante una feliz amalgama social, las

fuerzas positivas que alienta el individuo. Pero sucede con las ideas humanas lo mismo que con el hombre, que precisamente porque vive, muere; o con el fruto, que porque madura, se pudre. Todas las soluciones políticas llevan en germen el vicio que las corrompe. Su principio básico, su razón de ser es, al mismo tiempo, su fuerza y su flaqueza. Y esta parcela de error que contienen las vuelve fecundas y permite su implantación; esta parcela de error contribuye a tornarlas accesibles a la mayoría, porque halaga sus bajas pasiones, su mezquindad, su codicia, su envidia, su estupidez, y hace que las miren curiosamente al principio, más tarde las propaguen con fervor y las adopten, y entonces, por lo general, las desvirtúen. La mayoría de los hombres continuará siendo necia y logrará desnaturalizar, al aplicarlas, las ideas de los hombres superiores. Y así como las *élites* tienen una misión que cumplir ¿no es ésta acaso la misión de las mayorías? ¿Crear los problemas, organizar la angustia, evidenciar el carácter perfectible de las cosas humanas e incitar a las *élites* a soñar con su perfección, en una suerte de juego trágico que nunca se acaba de ganar del todo? Ya veremos, al referirnos a otra obra de Leo Ferrero, cuál es el verdadero cometido de la mayoría. Ahora hablemos de la democracia, que constituye la única solución sensata de convivencia social, y que pudo provocar, sin embargo, la amargura de un hombre superior como era Gobineau. En países étnicamente heterogéneos, la democracia asestaba el último golpe a las distinciones raciales e imponía la voluntad de los mediocres. Sus «hijos de rey» quedaban sujetos a la impotencia y al aislamiento. En el fondo, su curiosa teoría de las razas no tenía otro objetivo que explicar el pasado esplendor de las *élites* y su decadencia en el siglo XIX.

Pero la democracia asegura al hombre un *minimum* indispensable de libertad y dentro de ese *minimum*, la más preciosa: la libertad intelectual. ¿Había pensado Gobineau, partidario de los gobiernos absolutos, en el trágico destino de las *élites* el día en que, para amar u odiar «tuvieran que sujetarse a las indicaciones del periódico»? ¿Cuando al hijo de rey lo obligasen a esconder cuidadosamente en el bolsillo «la independencia de su espíritu», la «absoluta libertad de sus opiniones»?

En Europa, después de la guerra, han resurgido los gobiernos absolutos. Gobineau, sin esperarlos, los deseaba, porque creyó que con ellos vendría también el retorno de las *élites*, el nuevo Renacimiento. Y los dictadores, para elevar a su nación por encima del cuadro general de las demás naciones e inyectarle vitalidad y fuerza, buscaron despertar en el pueblo la conciencia de la raza y recurrieron a la famosa teoría de Gobineau. Pero entendámonos: el racismo era el origen de los «hijos de rey», el pedestal que Gobineau artificialmente les fabricara, y, con ayuda de Gobineau, los gobiernos dictatoriales se ocupan actualmente en suprimirlos. Inspirados en Nietzsche y en Sorel, e ignorando la piedad, han que-